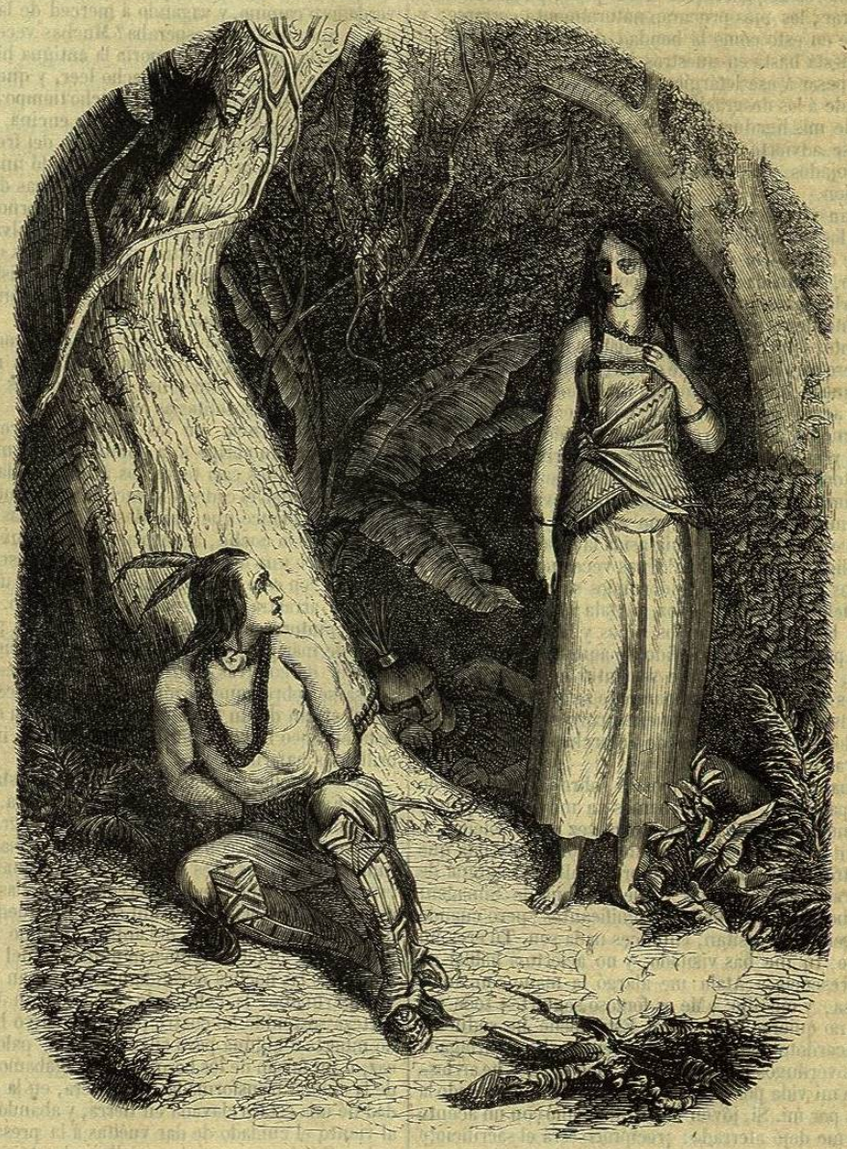
medio de las corrompidas lagunas; así se deposita la esperanza en el fondo de los corazones ulcerados por las amarguras; y así brota la virtud del seno de las miserias de la vida.

«Ah! No tardé en descubrir cuánto me habia equivocado sobre la aparente calma de Atala, cuya tristeza aumentaba á medida que adelantábamos. Muchas veces se extremecia sin motivo alguno, y volvia presurosa la cabeza, ó bien la sorprendia fijando en mí una mirada de amor, que luego dirigia al cielo con profunda melancolía. Lo que especialmente me alarmaba era un secreto, un pensamiento oculto en



ATALA LIBRANDO Á CHACTAS.

el fondo de su alma, pero que yo entreveia en sus ojos. Siempre atrayéndome y rechazándome; reanimando y destruyendo mis esperanzas, cuando creia que habia ganado algo en su corazon, me hallaba en el punto de partida. ¡Cuántas veces me decia: «Oh jóven «amante mio! ¡Yo te amo como á la sombra de los »bosques en los ardores del Mediodia! Eres hermoso »como el desierto con todas sus flores, con todas sus »brisas. Si me inclino sobre tí, me estremezco, y si »mi mano toca la tuya, paréceme que voy á espirar. »El otro dia, jugueton el viento esparció tus cabellos »sobre mi rostro, mientras descansabas reclinado en

»mi seno, y creí sentir el ligero contacto de los espí»ritus invisibles. Si; he visto las tiernas cabras de la »montaña de Occona, y oido los discursos de los »hombres abrumados de años; pero la mansedumbre »de aquellos animales y la sabiduría de los ancianos »son menos gratas y persuasivas que tus palabras. Y »sin embargo, ¡pobre Chactas! nunca seré tu esposa.»

«Las interminables contradicciones del amor y de la religion de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la altivez de su carácter y su exquisita sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes y su susceptibilidad en las pequeñas, la convertian en un ser incomprensible para mí. Atala no podia ejercer sobre un hombre un débil ascendiente: llena de pasiones, lo estaba tambien de poder, y era forzoso adorarla ó aborrecerla.

»Despues de quince dias de una marcha presurosa, entramos en la cordillera de los Alleghanis, y llegamos á uno de los brazos del Tenaso, rio que desagua en el Ohio. Brindándome á los consejos de Atala, construí una canoa que barnicé con goma de ciruelo, despues de haber cosido las cortezas con raices de abeto. Embarqueme en la frágil nave con Atala, y nos abandonamos á la corriente.

»El pueblo indio de Sticoé se mostraba á nuestra izquierda con sus sepulcros piramidales y sus ruinosas cabañas, en el recodo de un promontorio, y dejamos á nuestra derecha el valle de Keow, terminado por la perspectiva de las cabañas de Jora, situadas en frente de la montaña del mismo nombre. El rio que nos arrastraba corria entre unos altos montecillos en cuyo término se descubria el sol que se perdia en el ocaso. Solo vimos en aquellas profundas soledades, no turbadas por la presencia del hombre, á un cazador indio, que apoyado en su arco é inmóvil sobre la punta de un peñasco, parecia una estátua erigida en la montaña al genio de aquellos desiertos.

»Atala y yo uníamos nuestro silencio al silencio de aquella escena, cuando la hija del destierro hizo resonar de improviso en los aires una voz llena de emocion y melancolía, con que cantaba la ausente patria:

»¡Felices aquellos que no han visto el humo de las »fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los »festines de sus padres!

«Si el grajo azul del Maschacebé dijese á la oro»péndola de las Floridas: ¿Por qué te quejas tan tris»temente? ¿No tienes aquí frescas aguas, gratas som»bras y toda clase de sustento, como en tus bosques? »—Si, responderia la fugitiva oropéndola, pero »¿quién me traerá mi nido, oculto en el jazmin? »¿Tienes acaso el sol de mi sábana?

»¡Felices aquellos que no han visto el humo de las »fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los »festines de sus padres!

«Despues de las horas de una marcha fatigosa, el »viajero se sienta tranquilamente, y contempla en »su derredor los techos de los hombres; mas él no »tiene lugar alguno en qué reclinar la cansada cabe»za. El viajero llama á la cabaña, pone su arco de»trás de la puerta y pide hospitalidad; pero el dueño »de la cabaña hace un ademan con la mano; el via»jero vuelve á tomar su arco, y torna al desierto.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las »fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los »festines de sus padres!

«Historias maravillosas, narradas al calor del hogar »doméstico, tiernas expansiones del corazon, arrai»gadas costumbres de amar, tan necesarias á la vida; »¡vosotros habeis llenado los dias de aquellos que no »han abandonado su país natal! Sus sepulcros están »en su patria, con el sol poniente, con las lágrimas »de sus amigos, y con los encantos de la Religion.»

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las »fiestas extranjeras, y que solo se han sentado en los »festines de sus padres!»

»Así cantó Atala, sin que nada interrumpiese sus lamentos, excepto el casi imperceptible rumor de nuestra canoa que desfloraba las tranquilas aguas. Solo en dos ó tres lugares fueron recogidos por un débil eco, que los repitió á otro mas débil, y este á un tercero, que lo era aun mas: hubiérase creido que las almas de dos amantes, infortunados en otro tiempo como nosotros, atraidas por aquella tierna melodía, se complacian en suspirar sus últimos acordes en la montaña.

»No obstante, la soledad, la presencia continua del objeto amado y nuestros mismos infortunios redoblaban á cada instante nuestro amor. Las fuerzas de Atala empezaban á desfallecer, y las pasiones al debilitar su cuerpo, amenazaban triunfar de su virtud. Invocaba, pues, continuamente á su madre, cuya irritada sombra se proponia al parecer aplacar. Algunas veces me preguntaba si oia una voz lamentosa, si veia salir de la tierra fugitivas llamaradas. Por lo que á mi respecta, extenuado de cansancio, pero reanimado por el amor, y pensando que tal vez estaba irremediablemente perdido en aquellos bosques, cien veces me sentí inclinado á estrechar á mi esposa entre mis brazos, y cien le propuse construir una barraca en aquellos lugares, y ocultarnos en ella para siempre; pero se negó constantemente á secundar mis proyectos, diciéndome: «No olvides, jóven ami»go mio, que un guerrero se debe á su patria. ¿Qué »vale una mujer, comparada con los altos deberes »que estás llamado á llenar? Recobra el perdido va»lor, hijo de Utalisi, y no murmures del Destino. El »corazon del hombre se asemeja á la esponja del rio, »que ora bebe unas aguas puras en los dias bonanci»bles, ora se impregna de unas aguas cenagosas cuando »el cielo ha removido las corrientes. ¿Tiene acaso la »esponja el derecho de decir: Creia que nunca ha»bria tormentas, y que nunca el sol se mostraria abra»sador?»

»¡Oh, René! si temes las tormentas del corazon, desconfia de la soledad, porque las grandes pasiones son solitarias, y llevarlas al desierto es colocarlas en su natural dominio. Abrumados de pesares y de temores, expuestos siempre á caer en manos de los indios enemigos, á ser tragados por las aguas, mordidos por las serpientes ó devorados por las fieras, hallando dificilmente un escaso alimento, y no sabiendo ya qué rumbo seguir, parecia que nuestros males no podian rayar mas alto, cuando un accidente inesperado vino á llevarlos á su colmo.

»Habíase cumplido el vigésimo séptimo sol desde que habíamos abandonado nuestras cabañas: *la luna de fuego* (1) habia empezado su curso, y todo presagiaba una tempestad. A la hora en que las matronas indias cuelgan el cayado del labrador de las ramas de los árboles y las cotorras se retiran á las hendiduras de los cipreses, el cielo empezó á encapotarse. Extinguiéronse las voces de la soledad, el desierto enmudeció, y los bosques quedaron en una calma universal. Pero en breve, el estruendo de un trueno lejano se prolongó por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, haciendo salir de sus intrincadas espesuras sublimes rumores. Temiendo ser sumergidos, nos dimos prisa á ganar la orilla del rio y retirarnos á un bosque.

»Este lugar era un terreno pantanoso, lo cual nos obligaba á adelantar con gran trabajo por un embovedado de zarzaparilla, entre enmarañadas cepas, índigos, lianas rastreras y otras plantas que se enredaban á nuestros piés. El suelo esponjoso retemblaba á nuestro paso, y á cada instante nos veiamos expuestos á ser abismados en los barrancos. Innumerables insec-

(1) El mes de julio.

tos y murciélagos de extraordinario tamaño, ofuscaban nuestra vista; las serpientes de cascabel se hacian oir en todas partes; y los lobos, los osos, los carcajús y los tigres que acudian á refugiarse en aquellos albergues, los llenaban con sus rugidos.

»Entretanto, la oscuridad se condensaba por momentos, y las nubes penetraban en los bosques. Rásganse de improviso los siniestros celajes, y el relámpago traza en los aires rojizas espirales de fuego. Un huracan, desatado en las regiones del Occidente, aglomera unas nubes sobre otras; los bosques ceden, el firmamento se entreabre alternativamente, y al través de sus anchas bocas descúbrense nuevos cielos y abrasados campos. ¡Aterrador y magnífico espectáculo! El rayo prende en los bosques, el incendio se extiende como una inmensa cabellera de llamas, y unas columnas de centellas y de humo rodean las nubes que vomitan sus redoblados rayos en el vasto incendio. Entonces el Gran Espíritu cubrió las montañas de espesas tinieblas; y del seno de aquel caos se levantó un mugido confuso, formado por el fragor de los vientos, el gemido de los árboles, los ahullidos de las fieras, los chasquidos del incendio y el repetido retumbar de los truenos, que mugian al perderse sobre las aguas.

»El Gran Espíritu lo sabe. En aquellos aciagos momentos solo vi á Atala, solo en ella pensé. Al abrigo del encorvado tronco de un abedul, conseguí preservarla de los torrentes de lluvia; y sentado al pié del árbol protector, la sostenia sobre mis rodillas, y calentaba sus desnudos piés entre mis manos, considerándome mas feliz que la nueva esposa que siente agitarse por primera vez en su seno el fruto de su amor.

»Atento oido prestábamos el estruendo de la tempestad, cuando sentí rodar sobre mi seno una lágrima de Atala. «¡Tempestad del corazon! exclamé; ¿es esta »una gota de tu lluvia? Luego, estrechando en mis »brazos á la hija de Simagan, le dije: ¡Mujer! tu me »ocultas alguna secreta amargura: ábreme tu corazon, »¡oh hermosa mia! ¡Es tan consolador que un amigo »lea en nuestra alma! Revélame ese secreto de dolor, »que te obstinas en callar. ¡Ah! lo veo: ¡lloras tu pa»tria!»—¡Hijo de los hombres! «¿Cómo lloraria mi pa»tria, si mi padre no era del pais de las palmeras?— »¡Cómo! repliqué lleno de asombro: ¿tu padre no era »del país de las palmeras? ¿Quién es, pues, el que te »ha colocado sobre esta tierra? ¡Responde!» Atala dijo:

«Antes que mi madre llevase en dote al guerrero »Simagan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medi»das de aceite de bellota, cincuenta pieles de castor »y otras muchas riquezas, habia tenido relaciones »con un hombre de la carne blanca. Pero la madre de »mi madre habia arrojado á esta, agua al rostro, y la »obligó á casarse con el magnánimo Simagan, seme»jante á un rey, y honrado de los pueblos como un ge»nio. Mi madre, dijo á su nuevo esposo: «Mi vientre »ha concebido: ¡dame la muerte!» Simagan le replicó: «¡Guárdeme el Gran Espíritu de consumar tan perver»sa accion! No te mutilaré, ni te cortaré la nariz ni »las orejas, porque has sido sincera, y no has man»chado mi lecho. Mio será el fruto de tus entra»ñas, y no te visitaré hasta despues de la partida del »ave de arrozal, cuando haya brillado la luna décima»tercera. En aquel tiempo rasgué el seno de mi ma»dre, y empecé á crecer altiva como una española y »como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana, para »que su Dios y el Dios de mi padre fuese tambien el »mio. Mas tarde, las amarguras del amor fueron á »buscarla, y bajó á la pequeña cueva forrada de pie»les, de la cual no se vuelve á salir.»

«Esta fue la historia de Atala. «¿Y quien era tu pa»dre, pobre huérfana? le pregunté; ¿qué nombre le »daban los hombres en la tierra? ¿cómo le llamaban »los genios?—Nunca he lavado los piés de mi padre, »me contestó Atala; únicamente sé que vivia con su »hermana en San Agustin, y que se ha mostrado siem»pre fiel á mi madre: *Felipe* era su nombre entre los »ángeles, y los hombres le llamaban *Lopez*.»

«Al oir estas palabras, exhalé un grito que resonó en toda la soledad, y mezclé con la tempestad el tumulto de mis trasportes. Estrechando á Atala sobre mi corazon, exclamé entre sollozos: «¡Oh hermana »mia! ¡oh, hija de Lopez! ¡hija de mi bienhechor!» »Asustada Atala, me preguntó la causa de mi agitacion; mas cuando supo que Lopez era el generoso huésped que me habia adoptado en San Agustin, y á quien habia dejado para recobrar mi libertad, se vió dominada á su vez de confusion y alegría.

»Era demasiado intensa para nuestros corazones aquella amistad fraternal que venia inopinadamente á visitarnos, y á unir su amor á nuestro amor. En lo sucesivo los combates de Atala iban á ser inútiles: en vano la sentí llevar una mano á su seno y hacer un movimiento extraordinario; yo la habia abrazado ya, su aliento me habia embriagado, y habia bebido en sus labios toda la magia del amor. Fijos los ojos en el cielo y á la luz de los relámpagos, sostenia á mi esposa en mis brazos en presencia del Eterno. Pompa nupcial digna de nuestros infortunios y de la grandeza de nuestro amor, soberbios bosques que agitabais vuestras lianas y copas como las cortinas y el cielo de nuestro tálamo; pinos incendiados que formabais las antorchas de nuestro himeneo; rio desbordado, montañas retumbadoras, espantosa y sublime naturaleza, ¿es posible que solo fueseis un aparato impostor, y que no pudieseis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre?

»Atala oponia ya una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi ventura, cuando súbitamente un impetuoso relámpago seguido de un trueno, surcó la espesura de las sombras, inundando el bosque de azufre y de luz, y derribando á nuestros piés un árbol. Huimos; mas... ¡oh sorpresa! En el silencio que sucedió, oimos el sonido de una campanilla. Absortos entrambos, aplicamos el oido á aquel ruido tan extraño en un desierto. Pocos momentos despues, ladró un perro á lo lejos; acercóse á poco, redobló sus ladridos, llegó y ahulló de alegría á nuestros piés; un anciano solitario, provisto de una linterna, le seguia al través de las tinieblas del bosque. «¡Bendita sea la Provi»dencia!» exclamó al vernos. «¡Mucho há que os bus»caba! Mi perro os ha sentido desde el principio de la »tempestad, y me ha guiado hasta aquí. ¡Buen Dios! »¡Cuán jóvenes son estos pobres hijos mios! ¡Cuánto »han debido sufrir! He traido una piel de oso que será »para esta jóven, y un poco de vino en mi calabaza. »¡Alabado sea Dios en todas sus obras! Grande es su »misericordia, é infinita su bondad.»

«Atala cayó á los piés del religioso, diciéndole: »¡Gefe de la oracion! soy cristiana, y el cielo te envia »para salvarme.—Hija mia, le replicó el solitario, le»vantándola; yo acostumbro tañer la campana de la »Mision durante la noche y las tempestades, para »llamar á los extranjeros, pues á ejemplo de nuestros »hermanos de los Alpes y del Líbano, he enseñado á mi »perro á descubrir los viajeros extraviados». «Yo apenas comprendia al ermitaño, pues su caridad me parecia tan superior al esfuerzo humano, que creia hallarme sometido á la influencia de un sueño. A la luz de la linterna del religioso, veia su barba y cabellos empapados en agua; y sus piés, manos y semblante estaban maltratados por las malezas. «¡An»ciano! exclamé al fin; ¿qué corazon es el tuyo, que »no temes ser herido por el rayo?—¡Temer! repuso »el sacerdote cristiano con mas calor del que sus años »anunciaban; temer cuando hay hombres en peligro, »y puedo serles útil! Harto mal servidor de Jesucristo »seria, si tal temor abrigase.—Pero ¿sabes, le dije, »que no soy cristiano?—¡Jóven! replicó el ermitaño, »¿acaso te he preguntado cuál es tu religion? Jesu»cristo no ha dicho: Mi sangre redimirá á este, y no »á aquel. Murió por el judío y por el gentil, pues solo »vió en los hombres hermanos y desgraciados. Muy po»co vale lo que por vosotros hago, y en otra parte ha»llariais mas abundantes auxilios; pero la gloria no »debe recaer sobre los sacerdotes. ¿Qué somos noso»tros, débiles solitarios, sino los groseros instrumen»tos de una obra celestial? ¡Ah! ¿Qué soldado seria »tan cobarde que huyese, cuando su gefe, con la cruz »en la mano, y la cabeza coronada de espinas, marcha »á su frente al socorro de los hombres?»

»Estas palabras me admiraron y enternecieron; y las lágrimas arrasaron mis ojos. «Queridos hijos mios, »prosiguió el misionero, dirijo en estos bosques un re»ducido rebaño de hermanos vuestros. Mi gruta está »cerca de aquí en la montaña; seguidme pues, y en »ella hallareis un saludable calor; que si no puedo »ofreceros las comodidades de la vida, encontrareis á »lo menos un abrigo; y demes por ello cordiales gracias »á la bondad divina, porque muchos hombres no lo »tienen.»

LOS CAZADORES.

«Hay hombres justos cuya conciencia está tan tranquila, que no es posible acercarse á ellos sin participar de la paz que se exhala, por decirlo así, de su corazon y sus discursos. A medida que el solitario hablaba, sentia que las pasiones se aplacaban en mi pecho, y hasta la tempestad se alejaba á su voz; las nubes se dispersaron en breve, y permitiéndonos abandonar nuestro albergue, salimos del bosque y empezamos á subir una montaña. El perro nos precedia, llevando pendiente de un palo la linterna apagada. Yo conducia de la mano á Atala, y ambos seguiamos al misionero, que se volvia con frecuencia á mirarnos, contemplando con interés nuestras desgracias y juventud. De su cuello pendia un libro, y un báculo le servia de apoyo. Su estatura era alta, su rostro pálido y enjuto, y su expresion sencilla y sincera. No tenia las facciones faltas de expresion del hombre que nace sin pasiones; sino que por el contrario, se echaba de ver que sus dias habian sido borrascosos, pues las arrugas de su frente mostraban las cicatrices de las pasiones curadas por la virtud y el amor á Dios y á los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, su luenga barba, sus ojos fijos con modestia en el suelo, y su afectuosa voz presentaban cierto sello de calma y sublimidad. El que haya visto como yo al padre Aubry, caminando solo con su báculo y su breviario por el desierto, tendrá una verdadera idea del viajero cristiano en la tierra.

»Despues de media hora de una marcha peligrosa por los senderos de la montaña, llegamos á la gruta del misionero, en la que entramos por entre las yedras y las diferentes plantas, húmedas aun, que la lluvia habia arrancado de los peñascos. No habia en aquel asilo sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos útiles de madera, un azadon, una serpiente doméstica, un crucifijo y el libro de los cristianos, sobre una piedra que servia de mesa.

»El hombre de los antiguos dias se apresuró á encender fuego con lianas secas; machacó maiz entre dos piedras, y habiendo hecho una torta, la puso debajo de la ceniza; y cuando hubo adquirido un hermoso color dorado, nos la sirvió caliente con crema de nuez en un vaso de arce. Habiendo la noche restablecido la serenidad, el servidor del Gran Espíritu nos propuso que nos sentáramos á la entrada de la gruta. Seguímosle á este lugar, desde donde se dominaba un inmenso paisaje. Los restos de la tempestad habian sido arrojados en desórden hácia el Oriente; el resplandor del incendio prendido en las selvas por los rayos brillaba aun á lo lejos; al pié de la montaña, un pinar entero habia sido derribado en una vasta laguna y el rio arrastraba en confuso tropel trozos enormes de tierra, troncos de corpulentos árboles, diferentes animales y peces muertos, cuyo plateado abdómen brillaba en la superficie de las aguas.

»En medio de esta escena refirió Atala nuestra historia al genio tutelar de la montaña. Su corazon se conmovió, como lo revelaban las lágrimas que sobre su barba caian. «Hija mia, dijo á Atala, es preciso que »ofrezcas tus sufrimientos á Dios, por cuya gloria has »hecho ya tanto, y él te devolverá el perdido repo»so. ¿Ves humear esos bosques, secarse esos torren»tes, disiparse esas nubes? Pues bien: ¿crees que el »que es poderoso á calmar tan desecha tempestad, no »lo será para domar las tormentas del corazon huma»no? Si no tienes asilo mejor, mi querida hija, te ofrez»co un puesto en el rebaño que he tenido la dicha de »llamar á Jesucristo. Yo instruiré á Chactas, y te lo «daré por esposo cuando sea digno de serlo.»

«A estas palabras, me arrojé á los piés del solitario, derramando lágrimas de júbilo; pero Atala palideció como la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y entonces eché de ver que tenia las dos manos mutiladas. Atala que comprendió al punto sus desgracias, exclamó: «¡Bárbaros!»

«Hija mia, prosiguió el anacoreta con benévola son»risa; ¿qué vale esto, comparado con lo que sufrió »mi divino Maestro? Los indios idólatras que me han »atormentado, son unos pobres ciegos á quienes Dios »iluminará un dia, y á quienes amo en proporcion de »los males que me han causado. No he podido perma»necer en mi patria, donde habia regresado, y donde »una reina ilustre me habia dispensado el honor de »querer contemplar estas humildes muestras de mi »apostolado. ¿Y á que recompensa mas gloriosa po»dia aspirar por mis trabajos, que á la de haber obte»nido del gefe de nuestra religion el permiso de ce»lebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? »Restábame tan solo, despues de tanto honor, mos»trarme digno de él: volví, pues, al Nuevo-Mundo, »para dedicar el resto de mi vida al servicio de mi »Dios. Pronto habrán transcurrido treinta años que ha»bito esta soledad, y mañana se cumplirán veinte y »dos que he tomado posesion de este peñasco. Cuan»do llegué á estos lugares, solo encontré familias er»rantes, de costumbres feroces y vida asaz miserable; »mas, yo les he hecho oir la palabra de paz, y sus cos»tumbres se han suavizado progresivamente, y ahora »viven en sociedad al pié de esta montaña. He pro»curado además enseñarles, con los caminos de salva»cion, las artes indispensables á la vida, pero sin exa»gerarlas, y manteniendo á estos pobres indios en esa »sencillez que constituye la felicidad. Y, temiendo ser»les incómodo con mi presencia, me he retirado á esta »gruta, á donde vienen á consultarme. Aquí, lejos del »comercio de los hombres, admiro á Dios en la gran»deza de estas soledades, y me preparo á la muerte »que me anuncian próxima mis cansados dias.»

«Esto dicho, el solitario se arrodilló, y nosotros imitamos su ejemplo; luego, empezó en alta voz una oracion á que Atala respondia. Los mudos relámpagos rasgaban aun los cielos hácia el Oriente, mientras sobre las nubes de Occidente brillaban á la par tres soles. Algunas zorras dispersas por la tormenta, alargaban sus negros hocicos al borde de los precipicios, y se oia el murmullo de las plantas, que secándose á la brisa vespertina, levantaban sus abatidos tallos.

»Entramos de nuevo en la gruta, en que el ermitaño extendió un lecho de musgo para Atala, cuyos ojos y movimientos retrataban una profunda languidez; y miraba al padre Aubry como deseando revelarle algun secreto; pero parecia detenerse ante algun

obstáculo, ya fuese este mi presencia, ya cierto rubor, ya la inutilidad de la confesion. Levantóse á media noche y la ví buscar al solitario; mas este, que le habia cedido su lecho, habia salido á contemplar la hermosura del cielo y á orar en la cumbre de la montaña. Al dia siguiente me dijo que acostumbraba hacerlo así, aun durante el invierno, pues se complacia en ver los bosques mecer su desnudo ramaje, volar las nubes por los cielos, y oir los vientos y los torrentes bramar en la soledad. Mi hermana tornó á su lecho, donde quedó como aletargada. ¡Ay! henchido de faustas esperanzas, no vi en la debilidad de Atala otra cosa que pasajeros indicios de cansancio.

»Desperté al dia siguiente, al canto de los cardenales y de los pájaros-burlones que anidaban en las acacias y laureles que rodeaban la gruta. Salí, pues, de esta á coger una rosa de magnolia, humedecida con las lágrimas de la mañana, y la prendí á la cabellera de la dormida Atala, esperando, segun la religion de mi país, que el alma de algun niño de pecho habria bajado en una gota de rocío á aquella flor, y que un sueño feliz la llevaria al seno de mi futura esposa. Corrí luego en busca de mi huésped, á quien encontré con un rosario en la mano, esperándome sentado en el tronco de un pino derribado por los años. Propúsome ir en su compañía á la Mision, en tanto que Atala seguia entregada al sueño; brindeme al punto á su deseo, y nos pusimos en camino.

»Al bajar de las montañas, descubrí unas encinas donde los genios parecian haber trazado estraños caracteres. El ermitaño me dijo que él los habia estampado, y que eran versos de un antiguo poeta llamado *Homero*, y algunas sentencias de otro poeta, aun mas antiguo, llamado *Salomon*. Cierta armonía misteriosa reinaba en esta sabiduría de los tiempos: entre aquellos versos casi destruidos por el musgo, el viejo solitario que los habia grabado, y las decrépitas encinas que le servian de libros.

»Su nombre, su edad, y la fecha de su mision estaban señalados tambien en una caña al pié de aquellos árboles; yo me mostré asombrado de la fragilidad de este momento: «Durará mas que yo, respondió»me el solitario, y valdrá siempre mas que el escaso »bien practicado por mí.»

»Desde allí nos dirigimos á la entrada de un valle en que ví una obra maravillosa: un puente natural parecido al de la Virginia, y del que tal vez habrás oido hablar. Los hombres, René, y especialmente los de tu país, acostumbran imitar la naturaleza, pero sus copias son siempre mezquinas; mas no sucede así respecto de la naturaleza, que cuando parece imitar los trabajos de los hombres, les ofrece en realidad portentosos modelos. Entonces echa puentes desde una á otra cima de distantes montañas; suspende caminos en las nubes; derrama rios en lugar de canales; esculpe montes en vez de columnas, y en lugar de estanques ensancha las cuencas de los mares.

»Pasamos debajo del arco único de aquel puente, y nos hallamos en frente de otra maravilla: el cementerio de los indios de la Mision, á los *Bosquecillos de la muerte*. El padre Aubry habia permitido á sus neófitos enterrar sus difuntos, segun sus costumbres y conservar en el lugar de su sepultura sus nombres salvajes; únicamente habia santificado aquel lugar colocando en él una cruz. Su suelo estaba dividido como el campo comun de las mieses, es decir, en tantas porciones cuantas eran las familias, y cada una de estas porciones formaba por sí sola un bosque, que variaba segun el gusto de los que lo habian plantado. Un arroyo serpenteaba silencioso por entre aquellas fúnebres plantaciones, con el nombre de *Arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado á Oriente por el puente bajo que habiamos pasado; dos colinas lo limitaban al Septentrion y al Mediodía; y solo se abria hácia el Occidente, donde se alzaba un vasto bosque de abetos. Los troncos jaspeados de estos árboles, subiendo sin ramas hasta sus cimas, remedaban altas columnas, y formaban el peristilo del templo de la muerte, donde se escuchaba un rumor religioso, parecido al sordo murmullo del órgano bajo las bóvedas de un templo cristiano; pero cuando se penetraba hasta el fondo del santuario, no se oia sino los himnos de los pajarillos que celebraban una fiesta eterna á la memoria de los finados.

»Al salir de aquel bosque, descubrimos la Mision, situada á orillas de un lago, y en medio de una sábana esmaltada de flores; llegábase á ella por una alameda de magnolias y de encinas, que bordaban, por decirlo así, uno de esos antiguos caminos que se encuentran en las montañas que sirven de límites al Kentucky y las Floridas. No bien los indios vieron á su pastor en la llanura, abandonaron sus trabajos, y salieron gozosos á su encuentro. Quienes besaban su túnica, quienes le ofrecian un apoyo; las madres levantaban en brazos á sus tiernos hijos para que viesen al hombre de Jesucristo, y él vertia lágrimas de ternura, informándose á su paso de lo que entre sus ovejas ocurria, dando consejos á unos y benignas reprensiones á los otros, hablando al mismo tiempo de las mieses que era preciso recolectar, de los niños á quienes se debia instruir, de los trabajos á que se debia procurar un alivio, y á todos estos discursos mezclaba el nombre y el recuerdo de Dios.

»Así acompañados, llegamos al pié de una gran cruz que descollaba en el camino, y allí acostumbraba el servidor de Dios celebrar los misterios de su religion. «Mis queridos neófitos, dijo, volviéndose á »la multitud, os han llegado un hermano y una her»mana; y por colmo de felicidad, veo que la Provi»dencia ha salvado ayer vuestras mieses del furor de »la tormenta: estas son dos poderosas razones para »que le tributemos gracias. Ofrezcamos, pues, el »santo sacrificio, y asistan todos á él con un recogi»miento profundo, una fe viva, una gratitud infinita »y un corazon contrito.»

»Esto dicho, el sacerdote vistió una túnica blanca, tejida de corteza de morera, y los vasos sagrados se sacaron de un tabernáculo al pié de la cruz; preparóse el altar sobre un peñasco, tomóse agua del vecino torrente, y un racimo de uvas silvestres suministró el vino del sacrificio. Todos nos arrodillamos sobre las altas yerbas, y empezó la celebracion del misterio.

»La aurora que despuntaba á espalda de las montañas, teñia de rosa el Oriente; y todo se mostraba cubierto de oro y de púrpura en la soledad. El astro anunciado por tanto aparato de esplendor, surgió al fin de un abismo de luz, y su primer destello alumbró la hostia consagrada que el sacerdote alzaba en aquel mismo instante. ¡Oh encanto de la Religion, y magnificencia del culto cristiano! ¡El sacrificador era un anciano ermitaño, el altar una tosca piedra, el templo el desierto, y el concurso unos sencillos salvajes! ¡No! no dudo que en el momento en que nos inclinamos al suelo, se cumplió el gran misterio, y que Dios bajó á la tierra, porque le sentí penetrar en mi corazon.

»Terminado el sacrificio, en el que solo faltó para mí la hija de Lopez, nos dirigimos á la poblacion, donde se advertia la mas tierna mezcla de la vida social y de la vida natural: en una extremidad del antiguo desierto se veia una plantacion reciente; las espigas hacian rodar sus olas de oro sobre el tronco de las derribadas encinas, y los haces de un verano reemplazaban el árbol de tres siglos. Veíase por donde quiera á los bosques, presa de las llamas, envolver los aires en densas humaredas, y al arado pasear lentamente entre los restos de sus raices. Los agrimensores median el terreno con largas cadenas, mientras los árbitros señalaban las primeras propieda-

des; el ave cedia su nido; la manida de la fiera trocábase en cabañas; oíase el estruendo de los martillos, y los redoblados golpes de la segur hacian mugir por la postrera vez los ecos, al desaparecer para siempre con los árboles que le servian de asilo.

»Yo yagaba embelesado en medio de aquellas apacibles escenas, á que añadian nueva dulzura la imágen de Atala y los ensueños de felicidad en que mecia mi corazon. Admiraba el triunfo del Cristianismo sobre la vida salvaje, pues veia al indio civilizándose á la voz de la Religion, y asistia á las bodas primitivas del hombre y de la tierra: el hombre, en virtud de

LA TEMPESTAD.

este gran contacto, abandonaba á la tierra la costosa herencia de sus sudores; y la tierra, se obligaba á recompensarle, llevando fielmente las mieses, los hijos y las cenizas del hombre.

»Una mujer presentó un niño al misionero, que le bautizó entre los jazmines en flor, á orillas de un manantial, mientras un ataud era llevado á los *Bosquecillos de la muerte*. Dos esposos recibieron la bendicion nupcial á la sombra de una encina, y luego fuimos á establecerlos en la cabaña que les habia sido destinada. El pastor nos precedia, bendiciendo el peñasco, el árbol y la fuente, como en otro tiempo

bendijo Dios, segun el libro de los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia á Adam. Esta comitiva, que á la par de sus rebaños, seguia de peñasco en peñasco á su venerable pastor, retrataba á mi enternecido corazon aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelantaban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

»Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues solo les he enseñado »á amarse recíprocamente, á orar á Dios y á esperar »una vida mejor, pues tal es el resúmen de todas las »leyes del mundo. Aquella cabaña mas espaciosa que »allí ves, está destinada á servir de capilla en la es»tacion de las lluvias. Todos se reunen en ella, al »amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, »y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la ora»cion, porque la ancianidad, á semejanza de la ma»ternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos »estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrí»colas; y si las propiedades están divididas para que »todos puedan aprender la economia social, las mie»ses se depositan en trojes comunes, para que se »mantenga viva la llama de la caridad fraternal, á »cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitati»mente el producto del trabajo comun. Añade á esto »algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la »cruz á cuyo pié he celebrado los santos misterios, »el olmo á cuya sombra predico en los dias serenos, »nuestras sepulturas inmediatas á nuestros campos »de trigo, nuestros rios, donde bautizo los tiernos »niños, santos Juanes de esta nueva Betania, y for»marás cabal idea de este reino de Jesucristo.»

»Las palabras del solitario me llenaron de admiracion, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

»¡Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo á la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar á tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en en aquellos lugares la tranquila posesion de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos rios que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atrevia entonces á soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis dias! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado á todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando á mi regreso á ella sino una cabaña arruinada, y á mis amigos en la tumba: ¡tal debia ser el triste destino de Chactas!»

EL DRAMA.

«Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duracion: el desencanto me esperaba á la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar á ella á medio dia, no vi salir á Atala á nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez, porque mi imaginacion temia igualmente el ruido y el silencio que á mis gritos sucediese. Y mas aterrado aun por la oscuridad que á la entrada del peñasco reinaba, dije al misionero: «¡Oh, tú, á quien el cielo acompaña y »fortalece, penetra en esas sombras!»

»¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios! Advertíase mas valor en aquel corazon religioso, quebrantado por setenta y seis años, que en toda la lozanía de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseido de espanto. Pocos momentos despues, un apagado murmullo, parecido á reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino á herir mi oido. Prorumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritus de mis padres! ¡Solo vosotros sabeis el espectáculo que se ofreció á mi vista!

»El solitario habia encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula é indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desórden. Rielaban sobre su frente las gotas de un sudor frio, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aun en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios procuraban sonreir. Yo permanecia inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo: «Esto será un acceso de calen»tura, producida por las pasadas fatigas, y si nos re»signamos á la voluntad de Dios, se compadecerá de »nosotros.»

»Al oir estas palabras, la sangre paralizada volvió á circular por mi corazon, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña para que nos acercásemos á su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mio! me siento cercana á la muerte. ¡Chac»tas! Escucha sin desesperacion el fatal secreto que te »he ocultado para no hacerte desgraciado, y para »obedecer á mi madre; no me interrumpas con seña»les de un dolor que abreviaria los pocos instantes que »de existencia me restan. Mucho tengo que referir; »pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi »relato, pues los latidos de mi corazon se debilitan, »y siento sobre mi pecho el peso de una mole de »hielo...

»Despues de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió:

»Mi triste destino empezó casi antes que abriese »mis ojos á la luz. Mi madre me habia concebido en »el infortunio; yo fatigaba su seno, y me dió á luz »con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vi»da; mi madre hizo un voto para salvarme, y prome»tió á la Reina de los ángeles que le consagraria mi »virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto teme»rario que me precipita en el sepulcro!

»Perdí á mi madre á los diez y seis años. Algunas »horas antes de morir me llamó á su lecho, y me »dijo en presencia de un misionero que la consolaba »en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mia, »el voto que he hecho por tí. ¿Querrás, Atala mia, »desmentir á tu madre? Te dejo en un mundo que no »es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos »idólatras que persiguen al Dios de tus padres y mio, »al Dios, que despues de haberte dado la vida, te la »ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de »las vírgenes, renunciarás á los cuidados de la ca»baña y á las funestas pasiones que han agitado el se»no de tu madre. Ven, hija mia, y jura sobre esta »imágen de la Madre del Salvador, en manos de este »santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no »me serás infiel á la faz del cielo. No olvides que me »he obligado por tí, para salvar tu vida, y que si no »guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre »á eternos tormentos.»

«¡Oh madre mia! ¿por qué hablaste así? ¡Oh Reli»gion que labras á la vez mi infortunio y mi felicidad, »que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y tris»te objeto de una pasion que me devora hasta en los »brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido »el rigor de nuestro destino...! Anegada en lágrimas, »y dejándome caer en el seno materno, prometí todo »lo que se habia querido hacerme prometer. El misio»nero pronunció sobre mí las palabras formidables, y »me dió el escapulario que me liga para siempre. Mi »madre me amenazó con su maldicion si violaba mi »voto, y despues de haberme encargado un secreto »inviolable respecto de los perseguidores de mi reli»gion, espiró abrazándome.

»Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramen»to, pues llena de fervor, cristiana verdadera, y alti»va además, porque es española la sangre que por »mis venas circula, no ví en mi derredor sino hom»bres indignos de mi mano, y me felicité por no te»ner otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te ví, »jóven y gallardo prisionero, compadecí tu suerte, y »me atreví á hablarte al resplandor de la hoguera »del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis »votos...

»Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé »cerrando los puños y mirando al misionero con aire »amenazador: ¿Es esta la religion que tanto encare»ces? Perezca el juramento que me roba á Atala. ¡Pe»rezca el Dios que contradice la naturaleza! Hombre»sacerdote, ¿qué has venido á hacer en estos bos»ques?»

«¡A salvarte! respondió con voz de trueno el ancia»no; á domar tus pasiones, y á impedir, ¡blasfemo! »que la cólera del cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué »razon te asiste, jóven recien entrado en la senda de »la vida, para quejarte de tus dolores? ¿De qué injus»ticias has sido víctima? ¿Dónde están tus virtudes, »únicas que pudieran darte algun derecho á las que»jas? ¿Qué servicios has hecho á tus semejantes? ¡Des»venturado! Solo veo pasiones en tí, y te atreves á »acusar al cielo! Cuando hayas pasado, como el padre »Aubry, treinta años de destierro en las montañas, »no juzgarás con tan criminal ligereza los designios »de la providencia divina; entonces comprenderás »que nada sabes, que nada eres, y que no hay cas»tigos bastante rigorosos ni males bastantes terribles »que no merezca sufrir la carne corrompida.»

«Los ojos centellantes del anciano, su barba que cubria su pecho y sus palabras de fuego le hacian semejante á un dios. Abrumado por su magestuoso aspecto, caí á sus piés pidiéndole perdon por mis arrebatos, mas él me dijo: con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma. «¡Hijo mio! no te he reprendido por mí, pues tienes »sobrada razon en creer que nada he venido á hacer »en estos bosques, pues Dios no tiene mas indigno ser»vidor que yo, pero nunca acusemos al cielo. Perdó»name si te he ofendido, y atendamos á tu hermana, »que acaso tendrá remedio, y no renunciemos á la »esperanza. ¡Chactas! ¡Muy divina es la religion que »convierte en virtud la esperanza!

—»Jóven amigo mio, continuó Atala, tú has sido »testigo de mis combates, y no obstante solo has vis»to la menor parte, pues te ocultaba lo mas terrible »de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores »las abrasadas arenas de la Florida, es menos misera»ble que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y »segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo »huir contigo en los desiertos, y no obstante, anhe»lando las sombras de los bosques... ¡Ah! ¡Si hubiera »bastado dejar á padres, amigos y patria; si solo hu»biese mediado, ¡cosa horrosa! ¡la pérdida de mi al»ma...! ¡Pero tu sombra, madre mia, tu sombra me »echaba en cara á todas horas sus tormentos! Oia tus »quejas, y te veia devorada por las llamas del infierno. »Mis áridas noches creaban tan solo fantasmas, y mis »dias no me traian consuelo alguno; el rocío de la no»che se sacaba al contacto de mi piel ardiente; abria »mis labios á las brisas, y estas, lejos de traerme la »anhelada frescura, se abrasaban al fuego de mi alien»to. ¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar á mi »lado, lejos de todos los hombres, en medio de sole»dades profundas, y tocar la insuperable barrera que »entre los dos se levantaba! Pasar mi vida á tus piés, »servirte como una esclava, preparar tu alimento y tu »lecho en algun ignorado rincon del universo, hubie»ra sido para mí la suprema felicidad; ¡y tocando esta »felicidad, no poder disfrutarla! ¡Qué de proyectos »he soñado, que de ilusiones ha brotado este abatido »corazon! Tal vez, al fijar en tí mis ojos, he llegado »á formar deseos tan insensatos como culpables: ya »hubiera querido ser contigo el único ser viviente en »la tierra; ya sintiendo que una divinidad me dete»nia en mis horribles trasportes, hubiera deseado que »esta divinidad se anonadase, con tal que estrechada »en tus brazos, hubiese rodado de abismo en abismo, »con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... »¿lo diré? ahora que la eternidad va á tragarme, y »que voy á presentarme ante el Juez inexorable; en »el momento en que, para obedecer á mi madre, veo »con alegría que mi virginidad devora mi vida: por »una horrorosa contradiccion, llevo á la tumba el pe»sar de no haber sido tuya!

—»Hija mia! interrumpió el misionero, el dolor »extravia tu corazon. El exceso de pasion á que te en»tregas, pocas veces es justo; y no hallándose en el »órden de la naturaleza, es menos disculpable á los »ojos de Dios, porque mas que una debilidad del co»razon es un error del espíritu. Es pues forzoso re»primir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y »debo tambien decirte, querida hija mia, que tu im»petuosa imaginacion te ha alarmado en demasía re»lativamente á tus votos. La Religion no exige sacri»ficios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y »sus templadas virtudes son muy superiores á los »exaltados sentimientos y las violentas virtudes de un »pretendido heroismo. Si hubieses sucumbido, po»bre oveja descarriada, el Buen Pastor te hubiera »buscado para atraerte á su rebaño. Abiertos estaban »para tí los tesoros del arrepentimiento; que si son »menester torrentes de sangre para borrar nuestras »faltas á los ojos de los hombres, una sola lágrima de »cordial arrepentimiento, basta en el tribunal de »Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mia, porque »tu crítica situacion exige sosiego, y dirijámonos á »Dios, que cura todas las dolencias de los que le »confiesan y sirven. Si como espero, es su voluntad »que te libres de la enfermedad que te aqueja, es»cribiré al obispo de Quebec, pues está investido de »los poderes necesarios para anular tus votos, que »son simples, y acabarás tus dias á mi lado con tu »esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsion, de que solo salió para dar muestras de un espantoso dolor. «¡Cómo! exclamó enlazando sus manos con pasion; »¡habia remedio! ¡Mis votos podian ser anulados!— »Sí, hija mia, respondió el misionero, y aun pueden »serlo.—¡Es demasiado tarde! ¡es demasiado tarde! »replicó Atala en el colmo de la desesperacion. ¿Debo »morir, Dios mio, en el momento en que hubiera »podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes á es»te santo anciano? ¡Cuánta seria hoy mi ventura al »lado de Chactas, cristiano! Consolada, tranquiliza»da, por este augusto sacerdote... en este desierto... »oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»—Cálmate! le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, cálmate, pues, esa felicidad está muy cercana.

«—Nunca! nunca!» dijo Atala.«—Cómo? repuse estupefacto.—«No sabes todo; ayer, durante la tempes»tad.... me sentia próxima á violar mis votos; iba á »hundir á mi madre en las llamas del abismo; su mal-